

UNA ECONOMÍA POLÍTICA PARA PERSONAS DE DIFÍCIL ACCESO*

*Joseph Wong**

A POLITICAL ECONOMY
FOR HARD-TO-REACH PEOPLE

RESUMEN: Los Objetivos de Desarrollo Sostenible de la Organización de las Naciones Unidas son inequívocamente claros en su ambición: acabar con la pobreza en todas sus formas en cualquier lugar. Sin embargo, aunque los objetivos de este tipo (por ejemplo, los Objetivos de Desarrollo del Milenio) pueden tener éxito en lo general, no han dado frutos en lo particular. Este trabajo aborda uno de los problemas de esta situación: el difícil acceso a las personas que se encuentran más necesitadas de programas y ayudas.

PALABRAS CLAVE: Marginación, Objetivos de Desarrollo Sostenible, pobreza.

ABSTRACT: The United Nations' Sustainable Development Goals are unequivocally clear in their ambition: to end poverty in all its forms everywhere. However, while goals of this kind (e.g., the Millennium Development Goals) may be successful in general, they have not been successful in particular. This paper addresses one of the problems behind this situation: the difficult access to people who are most in need of programs and support.

KEYWORDS: Marginalization, poverty, Sustainable Development Goals.

RECEPCIÓN: 18 de febrero de 2020.
ACEPTACIÓN: 10 de marzo de 2020.
DOI: 10.5347/01856383.0133.000299235

* Vicerrector de la Universidad de Toronto.

UNA ECONOMÍA POLÍTICA PARA PERSONAS DE DIFÍCIL ACCESO*

146

Quiero aprovechar esta oportunidad para compartir con ustedes mi más reciente investigación, que aún está en fase preparatoria, así que, si alguno quiere criticarla o aportar algo, lo agradeceré mucho. También me propongo explicarles cómo es a grandes rasgos la Universidad de Toronto (UTSC) y cómo se estudia allá. La UTSC es muy diferente al ITAM. Por supuesto que el ITAM ocupa un lugar muy especial en la historia política y económica de México (del mismo modo que la UTSC en la de Canadá), pero nuestra univer-

sidad es enorme. Tenemos aproximadamente 90 000 estudiantes. En este sentido, la UTSC se parece más a la UNAM que al ITAM. Para que logren apreciar esta diferencia de tamaño, puedo decirles que en una ocasión di un curso para 1200 estudiantes con la ayuda de 35 asistentes. En cualquier caso, quiero enseñarles un poco el trabajo de investigación que hacemos y que ustedes podrán conocer si pasan una temporada en Toronto, ya sea que se matriculen en la UTSC, o que vayan como estudiantes visitantes o incluso como estudiantes de posgrado.

A propósito de mi investigación, soy un politólogo educado en Estados Unidos, así que soy el típico politólogo estadounidense; es decir, hago mucho trabajo cuantitativo, estadís-

*“The Political Economy of Reaching the Hard to Reach”, conferencia dictada el 25 de septiembre de 2018 en el ITAM, campus Río Hondo, en un evento organizado por el Departamento Académico de Lenguas. Transcripción y traducción de Gabriela Barrientos; revisión y edición de Gabriel Astey.

tico, pero también soy un investigador cualitativo: me gusta hacer trabajo de campo y estudios etnográficos; me gusta hablar con la gente, entender a fondo lo que estoy estudiando.

Hace 20 años mi trabajo se centraba en política social. Sin embargo, recientemente escribí un libro sobre política de innovación y ahora estoy tratando de combinar los dos campos: trato de entender cómo podemos innovar diseñando programas y políticas públicas para beneficiar a las personas más pobres del mundo. Por consiguiente, la primera pregunta que me hice a este respecto fue dónde viven las personas más pobres del mundo.

En el pasado, en la década de 1980, la gran mayoría de las personas más pobres del mundo vivía en países de bajos ingresos; en otras palabras, esa gran mayoría vivía en los países más pobres del mundo. En cambio, en 2010, la gran mayoría de las personas más pobres del mundo vivía en países de ingresos medios. Esta distinción es importante: es lógico que, en la década de 1980, las personas más pobres del mundo vivieran en países muy pobres, pero que en 2010 vivieran en países relativamente ricos ya no tiene tanto sentido, salvo que signifique que durante estos años descubrimos cómo hacer crecer las economías en lo general, pero no cómo hacer que las personas más pobres lo sean menos.

Los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) de la Organización de las Naciones Unidas están en la base de mi investigación, en parte porque creo que son muy ambiciosos. En los viejos tiempos, cuando hablábamos sobre desarrollo, solo nos referíamos al desarrollo en los países pobres, pero los ODS han logrado que todos los países compartan la misma agenda de objetivos de desarrollo. Por eso, en Canadá (un país muy rico al que le gusta pensar que es amable con sus vecinos del sur) tuvimos que tomar en serio los ODS, porque tenemos problemas de pobreza y de seguridad, así como una gran población indígena sin acceso a alimentos, educación o servicios de salud.

Los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) fueron los predecesores de los ODS y, durante la era de oro del desarrollo milenario (entre 2000 y 2015), progresamos mucho. Redujimos la pobreza en todo el mundo, y creamos nuevas alianzas entre agentes públicos y privados para que tanto los gobiernos como el sector privado trabajaran juntos en la lucha contra la pobreza; además, hicimos de esta lucha una agenda global ideal. Sin embargo, quiero subrayar que hay una razón para que los ODS sean diferentes de los ODM.

Los ODS son inequívocamente claros en sus ambiciones, y creo que el primero de ellos expresa esto per-

NOTAS

fectamente: acabar con la pobreza en todas sus formas en cualquier lugar. No se puede ser más claro: no se trata de reducir la pobreza en alguna de sus formas en algunos lugares, sino de erradicarla del planeta. Bien pensado el asunto, los ODM solamente proponían reducir la pobreza de cierta manera en muchos lugares, en tanto que los ODS tratan de eliminarla por completo, lo cual significa no desamparar a nadie —literalmente, a ninguna persona— si queremos acabar con la pobreza en todas sus formas en todas partes.

Hay que entender y asumir cabalmente este propósito inequívoco de los ODS porque, en su momento, los ODM tuvieron mucho éxito en conjunto, en el agregado de las economías en crecimiento, pero solo en el agregado. Cuando desglosamos los datos, podemos ver que las personas pobres siguen rezagadas porque viven en el campo, en barrios marginados o en una zona de conflicto, o porque son miembros de una comunidad indígena o solo por ser niñas y mujeres. Así, cuando desempaquetamos los datos, lo único que nos queda por decir es que, en términos generales, las cosas mejoraron, pero, en lo particular, encontramos señales muy preocupantes.

Para ponerles un ejemplo, les hablaré sobre uno de los proyectos en los que estoy trabajando en la UTSC, en el que descubrimos que en dos

terceras partes de los países que presentaron una mejora general en salud materno-infantil, también se incrementó la desigualdad. Como les dije, las cosas van bien en lo general, pero en lo particular muchas personas siguen en el rezago.

Uno de mis antiguos estudiantes de doctorado, que ahora es profesor en la Universidad de Richmond, en Estados Unidos, hizo un estudio muy riguroso sobre salud materno-infantil en Chile, y Chile, por si no lo sabían, es un caso ejemplar de éxito en materia de salud, debido a que, en general, mostró mejoras fantásticas en el rubro de la atención médica para ese grupo. Sin embargo, cuando se separan los datos por regiones, se descubre que el 47% de la atención médica materno-infantil mejoró, pero el 41% empeoró; es decir, cuatro de cada diez regiones empeoraron, cuando se suponía que iban a mejorar. La inferencia que este dato nos lleva a hacer es que muchas personas siguen rezagadas porque resulta muy difícil llegar a ellas. En este orden de cosas, debemos alentar a investigadores y estudiantes (al menos yo lo hago en mis clases) a salir al mundo y verlo con los propios ojos, porque los textos y los datos solo nos cuentan un lado de la historia. Si queremos entender cabalmente la pobreza, debemos pasar tiempo en los barrios marginados o en el campo.

Uno de mis primeros proyectos de investigación fue sobre Etiopía.

Ahí estaba yo, en un asentamiento irregular, y una de las cosas que noté fue que no había direcciones postales. Le pregunté a un colega: ¿cómo le entregan algo a alguien aquí si no hay direcciones? ¿Cómo se administra una vacuna de múltiples aplicaciones en un barrio marginal si no hay direcciones? Les pongo un ejemplo parecido: como investigador, he trabajado en muchos barrios marginales del mundo y nunca he podido entrevistar a la misma persona dos veces, simplemente porque no la encuentro en mi siguiente visita. Imagínense ahora tratar de proporcionar a esas personas una fuente de desarrollo, un servicio educativo, un programa de salud infantil. ¿Cómo encontrar a estas personas si son básicamente invisibles? Consideren también que, hasta hace poco, la mitad de la población de la India no tenía identificación y que una tercera parte de los niños del mundo menores de cinco años (es decir, aproximadamente 230 millones) carecen de acta de nacimiento y, por lo tanto, no tienen acceso a servicios públicos de salud o educación. En Etiopía, cuando trabajé allá, la tasa de registro de nacimientos era aproximadamente del 10%, lo que implica que nueve de cada diez niños no existían jurídicamente.

En suma, si queremos llegar a las personas de difícil acceso, necesitamos mecanismos nuevos y más precisos para encontrarlas y entregarles

las cosas que necesitan. Como lo señaló un funcionario brasileño al Banco Mundial, si todos los recursos gastados en políticas sociales en Brasil fueran arrojados desde un helicóptero, tendrían una probabilidad mayor de llegar a los pobres de la que tienen ahora; en otras palabras, la aleatoriedad es más eficaz para ayudar a los pobres que cualquiera de las políticas del Banco Mundial.

Parte de mi trabajo consiste en ayudar a diseñar esas nuevas políticas y mecanismos precisos para llegar a los más pobres. Trabajo con médicos, ingenieros, científicos, programadores, etc., para llegar a las personas de más difícil acceso, y contribuyo a impulsar intervenciones innovadoras para llegar a esas personas, como plataformas móviles, diagnósticos más baratos y mejor capacitación para quienes dan atención al público. Ahora bien, mi trabajo tiene otra dimensión que quiero compartir con ustedes.

Se da por hecho que llegar a la gente de difícil acceso es costoso; tradicionalmente, según los economistas, los costos marginales de llegar a esos beneficiarios son muy elevados. A diferencia de las economías de escala, en las que los productos se abaratan conforme llegan a más gente, en este caso, tras cruzar cierto umbral, el costo marginal aumenta de manera muy abrupta, lo que vuelve muy caro llegar a las personas de más difícil

NOTAS

acceso. Quiero subrayar que las intervenciones en sí no son caras: la vacuna, la computadora portátil, el libro de texto, los micronutrientes en polvo...; lo caro es la administración de una intervención a favor de personas de difícil acceso. Esta consideración es muy importante porque estamos hablando de la relación entre cobertura y costo, y entonces dar cobertura justo a esos beneficiarios va a costar mucho dinero. La cuestión en la que estoy trabajando ahora es cómo demostrar empíricamente esta corazonada teórica.

En busca de datos empíricos, acudí a la epidemiología, que estudia la propagación de las enfermedades transmisibles. En términos epidemiológicos, existen solo dos medidas para enfrentarse a las enfermedades transmisibles: erradicarlas o controlar su propagación. Para erradicarlas, hay que tratar a toda la población contagiada y además asegurarse de que nadie, ni una sola persona, se quede sin vacunar, ya que podría convertirse en vector. El otro camino es controlar la enfermedad, lo que significa que no se vacuna a toda la gente y solo se contiene la transmisión o se reducen los casos de contagio. En este escenario, la economía de la epidemiología exige comparar cuánto cuesta erradicar y cuánto cuesta controlar.

Usando la epidemiología como indicador, pensemos en la erradicación de la enfermedad como análoga a la

erradicación de la pobreza (en ambos casos es imperativo llegar a todas las personas) y pensemos también en el control epidemiológico como análogo a la reducción o mitigación de la pobreza. Con estos datos podríamos calcular los costos de las medidas contra la pobreza.

Los estudios epidemiológicos muestran que el costo de controlar una enfermedad a largo plazo se vuelve más caro conforme pasa el tiempo; en cambio, el costo de erradicarla es más barato a largo plazo pero considerablemente más caro a corto plazo. Aquí está el acertijo. Se puede erradicar una enfermedad de la misma manera que se puede eliminar la pobreza, si se llega hasta la última persona; pero llegar hasta la última persona significa que se tiene que pagar más al principio. Ahora vemos que la decisión es política: ¿queremos pagar más al principio para llegar a cada persona o pagar más en el futuro y simplemente controlar las cosas conforme pasa el tiempo? Esta pregunta me interesa como politólogo: ¿cómo convencer a los votantes de que se debería pagar por erradicar en lugar de pagar por controlar?

Analicemos ahora un conjunto de datos (que confirman mi tesis) sobre los costos de una campaña de educación sobre agua potable, saneamiento e higiene lanzada por la Organización Mundial de la Salud (OMS). Al

principio de la campaña (y conforme su cobertura llegó al 50% de la población), el costo promedio se mantuvo estable, tal como se esperaba; sin embargo, el incremento del costo marginal comenzó a partir del 15% de la cobertura, y cuando llegó al rango que va del 90% al 100%, se había quintuplicado. En otras palabras, para llegar al último 10% de población, el costo marginal fue aproximadamente cinco veces mayor que el costo promedio. Una vez más, con esto solo estoy demostrando económicamente mi argumento: el costo de llegar a las personas de difícil acceso aumenta en razón directa de esa misma dificultad que las caracteriza.

En una investigación conjunta con una de mis estudiantes, intentamos determinar por qué los costos marginales de las intervenciones de la OMS aumentan en el caso de la población de difícil acceso. Descubrimos que había varios factores. Para llegar a estas personas hay que recorrer distancias más largas y por caminos accidentados; en esas circunstancias, cuesta dinero hacer evaluaciones y diagnósticos (a niños desnutridos, por ejemplo) e identificar correctamente a las personas; también cuesta dinero comunicarse con ellas, sobre todo si son analfabetas, y cuesta dinero crear conciencia sobre el agua potable, el saneamiento y la higiene, especialmente en lugares sin conexión a internet. Además, se presentan deseco-

nomías de escala; por ejemplo, en zonas con baja densidad de población, el costo de una intervención per cápita se encarece. Por último, es muy costoso trabajar con personas socio-políticamente marginadas.

Para comprender mejor el encarecimiento de las intervenciones, analizamos los programas de la OMS de enriquecimiento de alimentos básicos con vitamina A (en Etiopía, Nigeria y Filipinas) y descubrimos que las personas ricas reciben la cobertura del programa y las personas pobres, no. Resulta demasiado caro beneficiar a los más pobres y prácticamente imposible, a los socialmente invisibles. Consideremos el caso particular de la intervención en Filipinas: se trata de dos programas de enriquecimiento vitamínico; uno está dirigido solamente a niños desnutridos y el otro es un programa universal (al menos nominalmente) de distribución de vitamina A a toda la población. Si comparamos los costos de ejecución per cápita de los dos programas, descubrimos que el programa universal no implica costos de diagnóstico de desnutrición, precisamente porque la vitamina se reparte indistintamente; en cambio, el programa dirigido a los más desnutridos, a los casos de difícil acceso, tiene un costo adicional y elevado: justamente, el del diagnóstico. Ahora bien, si las personas diagnosticadas con desnutrición viven sobre todo en el campo,

NOTAS

en zonas escasamente pobladas, los costos fijos de ejecución del programa se distribuyen entre un número mucho menor de personas y, per cápita, se incrementan. En suma, la intervención puede costar cinco veces más para un niño desnutrido de difícil acceso que para una persona que se beneficiara por la vía del programa (nominalmente) universal.

Así pues, las conclusiones empíricas a las que he llegado a partir de este análisis son las siguientes:

- 1) ¿Se excluye a las personas a pesar del programa (nominalmente) universal y los programas dirigidos? En efecto, se las excluye.
- 2) ¿Muestran los datos una relación constante entre la cobertura y el costo por intervención? Sí y no; es decir, conforme la cobertura aumenta, en algunos casos los costos suben, mientras que en otros disminuyen. (Dicho sea de paso, en el marco de mi investigación en la UTSC, durante los últimos tres años recluté alrededor de setenta estudiantes de todas las disciplinas, desde la ingeniería hasta las humanidades, para hacer trabajo de campo y comprender cómo se pueden reducir los costos de las intervenciones.)
- 3) ¿En qué proporción se incrementan los costos conforme se extiende la cobertura a las personas de difícil acceso? A razón de tres a cuatro veces; según el estudio que

hicimos sobre los programas de enriquecimiento vitamínico en Filipinas, los costos pueden ser cinco veces más caros.

- 4) ¿Sabemos por qué ocurre este incremento en los costos? En términos generales, sí.

Permítanme terminar esta parte de la conferencia con una reflexión sobre la relevancia de estas conclusiones empíricas, que parecen intuitivamente obvias.

En primer lugar, debemos reconocer que cumplir los ODS y, por lo tanto, llegar a todas y cada una de las personas, va a costar mucho dinero. Esto nos lleva a una segunda implicación: cumplir los ODS no exige una estrategia de distribución, sino de redistribución; se necesita obtener recursos de las personas prósperas para dárselos a los que no tienen prácticamente nada, lo cual también generará costos adicionales, pues se requerirá más redistribución para llegar a los individuos de más difícil acceso. Desembocamos así en una tercera implicación: en la mayoría de los casos, los esfuerzos por llegar a las personas de difícil acceso no funcionan bien desde el punto de vista político, debido a que esas personas, las más pobres y marginadas, son las que tienen menos posibilidades de movilizarse políticamente. La movilización política es necesaria para generar políticas de redistribución, pero el

hecho es que quienes necesitan movilizarse políticamente son los menos propensos a hacerlo. Lo mismo ocurre en el sector privado: si queremos que el sector privado se una a nuestros esfuerzos, es muy poco probable que eso suceda, porque las personas de difícil acceso, en tanto que consumidores, simplemente no valen la pena. Como pueden ver, nos enfrentamos a un fracaso político y de mercado.

Esta es, a grandes rasgos, mi investigación en marcha. Como pueden ver, se basa en muchas disciplinas diferentes. Me reúno a menudo con antropólogos, trabajadores sociales, ingenieros, estadísticos, programadores geoespaciales..., no sé qué hacen, pero me ayudan a interpretar los datos; les digo lo que necesito y me ayudan a resolver cosas. ¿Cómo comenzó este proyecto? Antes, yo estaba perfectamente cómodo como politólogo que escribía artículos académicos para politólogos. ¿Cómo se despertó mi interés por el trabajo interdisciplinario?

Hace unos diez años, la multimillonaria Fundación Bill y Melinda Gates lanzó un desafío a las facultades de ingeniería de todo el mundo para diseñar un inodoro que funcionara sin agua y sin energía eléctrica, que costara menos de cinco centavos de dólar por usuario al día y que convirtiera los desechos humanos en energía reutilizable o, mejor aún, comer-

cializable. Cuando eres Bill Gates puedes hacer cosas como esta: respaldas una idea con millones de dólares y la gente comienza a tomarla en serio. Fuera de broma, tengan presente que, en la India, entre seiscientos y setecientos millones de personas carecen de agua potable o que actualmente mil doscientos millones de personas en el mundo defecan al aire libre. Como saben, estas condiciones insalubres propician la propagación de enfermedades contagiosas, así que el proyecto de la reinención del inodoro es muy relevante.

Mi colega Yu-Ling Cheng, destacada académica, pionera en el campo de la ingeniería química y profesora de tiempo completo en la UTSC, aceptó el reto, y ella y su equipo diseñaron un inodoro. Me gustaría explicarles las bases científicas del inodoro, pero la verdad es que no lo haría muy bien. En esencia, el inodoro funciona con una tecnología de incineración que convierte los desechos humanos en cenizas reutilizables. Yu-Ling me buscó hace diez años para decirme: “No me conoces, soy Yu-Ling Cheng y estoy trabajando en este proyecto. A pesar de que ya tengo todo listo, no sé cómo hacer llegar el inodoro a las personas que lo necesitan. Eres un politólogo y economista con mucha experiencia. ¿Podrías ayudarme? Por bueno, innovador y funcional que sea mi proyecto, resultará inútil si no logro ponerlo en

marcha”. Fue así como, hace 10 años, personas de diferentes disciplinas nos coordinamos: ingenieros, psicólogos del comportamiento, expertos en estrategia y logística, integradores de cadenas de valor, antropólogos, químicos, yo mismo, para sacar adelante el proyecto del inodoro. En fin, considero que proyectos como este representan el trabajo más vanguardista y emocionante que se hace en la UTSC.

No sería yo un buen vicerrector si no intentara convencerlos de ir a la Universidad de Toronto y llevar su talento allá. Como ustedes saben, la UTSC es la vigésimo segunda en calidad a nivel mundial y la segunda en investigación, después de Harvard, de manera que todo mundo sabe que se trata de una universidad que se toma la investigación muy en serio. Por mi parte, quiero comunicarles tres cosas sobre lo que significa ser estudiante de posgrado en la UTSC.

En primer lugar, nuestros posgrados son multidisciplinarios. Tenemos cuarenta programas académicos de especialización colaborativa que permiten a los estudiantes aprender de diferentes disciplinas y unir los aprendizajes en proyectos de investigación que llevan los conocimientos al terreno de la práctica, de modo que nuestros estudiantes de posgrado son, de hecho, investigadores.

En segundo lugar (y esto me parece muy notable), el 75% de nuestros inventos y propiedad intelectual

son producto del trabajo conjunto con estudiantes de posdoctorado. Esto es bastante impresionante porque, en general, se cree que en las universidades dedicadas a la investigación, los profesores hacen todo el trabajo creativo y se llevan toda la gloria, mientras que los estudiantes son una especie de subordinados que van de acá para allá haciendo trabajo cuantitativo, pero no es el caso de la Universidad de Toronto. Nuestros programas de posgrado están enfocados no solo en preparar a los estudiantes para tener impacto profesional en el futuro, sino también para generar impacto en el presente, mientras investigan con nosotros.

Por último, destacaré que nuestros programas de posgrado pretenden ser un imán para el talento global. Esa es la razón por la que estoy en México ahora. Hay ciento noventa y cuatro países en el mundo, pero México es uno de los objetivos especiales de nuestro programa de reclutamiento universitario. Me da gusto el hecho de que, en los últimos dos años, el número de solicitudes de estudiantes mexicanos se ha duplicado. Creo que a ustedes les interesará saber que el número actual de estudiantes de posgrado en nuestra universidad supera en 50% al de estudiantes de licenciatura, lo que implica, por ejemplo, que estamos atrayendo a Toronto a los mejores estudiantes de las universi-

dades mexicanas, para que, cuando terminen su posgrado, se integren a la red global de investigadores. Así las cosas, voy a dejarles información sobre becas para estudiantes mexicanos interesados en los posgrados de la UTSC.

Muchas gracias a todos.

Sección de preguntas y respuestas

P. ¿Cómo saber si nuestros datos sobre la pobreza son adecuados o si distorsionan la realidad?

R. Esa es una excelente pregunta, porque formula uno de los desafíos a los que nuestra investigación se enfrenta en este momento. Comencé la conferencia diciendo que me interesaba compartir con ustedes una investigación que aún está en pañales. Lo que tú planteas es exactamente el problema que tenemos ahora: necesitamos más datos desagregados, por lo que debemos analizarlos de diferentes formas, y eso implica recopilarlos de maneras distintas. Aquellos de ustedes que sean economistas sabrán que el cálculo del costo marginal requiere información que no provenga de un único momento en el tiempo, porque se necesita analizar el costo individual en diferentes niveles de cobertura. Hay que estudiar los datos a lo largo del tiempo, de modo que hacen falta datos más dinámicos que

puntuales, es decir, datos nuevos. Tu sospecha sobre los datos defectuosos es correcta, porque, por lo general, nos documentamos con datos nacionales agregados. Tratemos entonces de reevaluar las conclusiones empíricas de la investigación en marcha. A propósito de la primera conclusión —que se excluye a las personas a pesar del programa (nominalmente) universal y los programas dirigidos—, creo que podemos obtener más evidencias para responder que sí. En cuanto a la segunda —que los datos a veces muestran y a veces no una relación constante entre la cobertura del programa y el costo por intervención—, creo que podemos explicar mejor los casos de relación constante que los de relación inconstante. Ahora bien, en el caso de la tercera —en qué proporción se incrementan los costos conforme se extiende la cobertura a las personas de difícil acceso—, me parece obvio que necesitamos responderla con mayor precisión, a partir de datos nuevos y mejores, y no con los que tenemos ahora.

P. ¿Cómo podemos las y los estudiantes de Ciudad de México, ayudar a alcanzar los ODS sin ser genios como usted? ¿Hay alguna actividad o método que tenga usted en mente para compensar la falta de conciencia sobre las condiciones de vida de las personas en el campo?

R. Lo primero que debo decir es que no se trata de un problema exclusivamente rural. Cuando vas a los barrios urbanos marginales, la situación es aún más deprimente, porque hay una concentración de población tan alta que quizá alcanzarías una tasa elevada de acceso a las personas necesitadas de ayuda si dejaras caer en paracaídas los recursos sobre los asentamientos marginales. En las favelas de Río de Janeiro, por ejemplo, no podemos ni siquiera entrar (nadie, ni la policía, puede entrar). Como ves, hay zonas que, por ahora, son de acceso imposible, de manera que, cuando trabajamos en Brasil, lo hacemos en la ciudad de Salvador, en el estado de Bahía. Para darte otro ejemplo, en algunos barrios marginales en Salvador, el gobierno no sabe dónde vive nadie, aunque los habitantes se conocen bien entre ellos, por lo que la comunicación con la gente de los barrios nos permite censar las favelas y obtener mejores resultados.

En suma, respondiendo a tu pregunta, la dificultad de acceder a las personas tiene muchas variantes, pero, si nos enfocamos en lo que los estudiantes pueden hacer, te diré que tengo un ejército de estudiantes que han leído los avances de nuestra investigación, han logrado una mejor comprensión de algunos de los problemas de fondo y nos han dado ideas interesantes sobre cómo llegar a estas

personas. Te doy un ejemplo: una de las razones por las cuales las madres en Sudáfrica no registran a sus hijos al nacer es porque, después de dar a luz, están cansadas, adoloridas y de-seosas (y, en muchos casos, necesitadas) de irse cuanto antes a su casa. A esto, añádele que el Departamento del Interior sudafricano impone penalizaciones muy altas a las madres que no registran a sus hijos durante los primeros 30 días después del parto, lo cual desincentiva todavía más a las madres a llevar a sus hijos a registrar después de los 30 días, sabiendo que el gobierno las sancionará. Dadas estas circunstancias, uno de mis estudiantes creó una aplicación que permite a las madres de recién nacidos enviar al Departamento del Interior un mensaje de texto que dice: “Prometo registrar el nacimiento de mi bebé dentro de los seis meses siguientes”, y con eso basta para fomentar que los niños sudafricanos se vuelvan jurídicamente visibles. Les hablé de este mecanismo a amigos míos en Nigeria, donde se vive una situación similar, y decidieron adoptarlo, de modo que mi estudiante de 18 años encabezará pronto un programa de registro de recién nacidos en Nigeria. No quiero decir que tienes que ir a Nigeria para lograr algo similar, sino más bien que reflexionar con un enfoque práctico sobre estos problemas nos lleva a encontrarles soluciones bastante buenas.

P. Antes que nada, muchas gracias por la conferencia, doctor Wong. Como dijo en su presentación, necesitamos crear nuevas políticas. Veo dos problemas: la existencia de personas de difícil acceso, pero también que esas personas quizá no se dan cuenta de que necesitan movilizarse o visibilizarse políticamente. ¿Cómo podríamos resolver estos problemas? ¿Debemos crear más conciencia política o lograr que esas personas se vuelvan más accesibles?

R. La respuesta corta que daría un economista es que tienes que hacer un experimento: debes hacer una intervención en un solo lugar (es decir, una prueba controlada aleatorizada) e intentar descubrir cuál es la forma más rentable de mejorar los resultados. Con todo, creo que estás preguntando algo mucho más profundo. Hay dos puntos por considerar.

En primer lugar, hay que saber si las personas toman las decisiones correctas por el hecho de contar con la información correcta o, en otras palabras, si basta con proveer información a las personas para empoderarlas. ¿Qué sabemos al respecto? Sabemos, por ejemplo, que empoderar a las madres con información sobre nutrición es una forma mucho más eficaz de mejorar los índices de cuidado infantil que empoderando o informando a los padres. La segunda

cuestión es cómo lograr que, una vez que accedes a la gente, haga exactamente lo que quieres que haga (y si esta pretensión es aceptable). Hay prácticas culturales profundamente enraizadas en las personas de difícil acceso; por ejemplo, cuando finalmente llegas a estas personas y les has conseguido un inodoro, ¿cómo las convences de que lo usen? Cuando llevamos los inodoros a las aldeas de la India, como claramente son caros y muy voluminosos, no pudimos ponerlos en cada casa, así que los pusimos en el centro de la aldea, lo que no resultó positivo para las mujeres y las niñas: no salían de noche a usar el baño porque ahora tenían que ir solas, así que, básicamente, al tratar de hacer algo positivo, en realidad estábamos restringiéndoles a niñas y mujeres el uso del baño durante, prácticamente, 12 horas diarias.

En suma, planteaste una pregunta interesante. ¿Se puede crear conciencia para cambiar el comportamiento de las personas (o tratar de cambiarlo) sin primero entender por qué se comportan así? Se trata de una pregunta profunda que tendríamos que formularnos si queremos diseñar programas de intervención basados en algo más que pruebas controladas aleatorizadas, que solo arrojarán datos. Considero que tu pregunta es profunda e importante.

Se prohíbe su reproducción total o parcial por cualquier medio, incluido electrónico, sin permiso previo y por escrito de los editores.